



EL INSOMNE

por Enrique Serna

Todo comenzó la noche de un jueves que había sido rutinario y tranquilo, la noche de un día sin sobresaltos. Fatigado por una corta lectura, apagué la luz y quise dormir. No lo logré. Ocupé la noche en divagaciones mentales, en concebir ideas que se desvanecían cuando apenas tomaban forma. Cerraba los ojos confiando en que una operación repetida vegetativamente durante tantos años no podría interrumpirse y trastornar mi orden, pero al poco tiempo los abría de nuevo cansado de engañarme. Para los demás llegó el alba. Entumido, molesto y mareado, me fui a trabajar. Al intercambiar saludos y observaciones anodinas sobre el tránsito con mi secretaria, le deslicé la noticia de mi vigilia. Me preguntó si alguna preocupación era la causa. Le dije que no, que simplemente no había tenido sueño. Supe por su falsa aquiescencia que no me creyó. Toda la jornada estuve anhelando la hora de acostarme y reponer el reposo perdido. Jubiloso, llegué a mi departamento y me metí entre las sábanas. Apreté los dientes y fingí no preocuparme porque volviera el insomnio. Al cabo de una hora me dí cuenta de que estaba tenso, agazapado en un rincón de la cama. Aflojé los músculos y me puse bocabajo. Más tarde ensayé la posición fetal. Las tres de la mañana me sorprendieron golpeando, rabioso, la cabecera de la cama. De nada me sirvieron las drogas que ingerí.

Otro día empezó. La única diferencia entre el primero y los siguientes desvelos fue un motivo. El primero fue natural. Los demás, provocados por el miedo a que el sufrimiento se repitiera. Esos temores se hicieron insostenibles. Esperaba cada nueva noche aparantando tener confianza en dormir, pero en algún recodo del cerebro me seguía tintineando la idea perversa de que seguiría al alba. Esa perversidad fue ganando terreno, hasta llegar a hacerme

preferir que nunca oscureciera. Dos semanas seguí acostándome mecánicamente para guardar las apariencias ante mí mismo, como un actor que diariamente diera su función a butacas vacías. Después desistí. A la hora en que todo ciudadano apagaba la luz y perdía la conciencia, yo iniciaba rondas callejeras para matar el tedio. Leía con desesperación, sin querer apartar la vista del libro para no contemplar lo absurdo de mi presencia en un parque desierto y helado. Leí hasta confundir la realidad con la realidad de las letras. Dejé de hacer comentarios en la oficina. Nadie entendía la magnitud de mi tortura, y aquellos que fingían estar preocupados no dudaban que se debía a un cargo de conciencia o a un problema emocional. Hubiera querido que así fuera. No era una preocupación específica que algún día podía desaparecer; era el no duermo porque no duermo repetido hasta la imbecilidad, era un círculo monótono y tenaz que no podían destruir ni los más eminentes psicólogos. Provoqué el asombro de los médicos al permanecer impasible ante las anestésicas caballares que me aplicaron. Fui comprobando en el espejo como aumentaba la intensidad del rojo dolido que me teñía los ojos, que no tienen descanso mientras no baja la cortina de la inconsciencia. La existencia, de sí difícil, se hizo abrumadora para mí. No gozaba de la tregua necesaria para soportar a las cuadradas, solemnes y vacías personas que acompañaban mi estancia en el mundo. No tuve paciencia para vivir de tiempo completo. Sin dormir no podía guarecerme de la vida. Unos días bastaron para que madurara la idea. A falta de sueño diario, opté por el sueño eterno. Sin ningún escrúpulo cargué la pistola. Decidido, me la coloqué en la sien. Disparé. Nada pasó, seguía despierto. Volví a cargarla y tiré de nuevo. Fue inútil. Hasta entonces comprendí que ya estaba muerto, que lo había estado desde la primera noche de insomnio.

